

ALGUNOS APUNTES A PROPOSITO DE LA INVESTIGACION ANTROPOLOGICA EN VENEZUELA



Alex Lhermillier*

La diminuta y última lágrima de luz de este día se borró en el corazón de nuestra vieja lámpara de kerosen; en la pequeña choza todo está envuelto en el espesor de una nueva noche, envuelto en una masa de apariencia muy compacta. Afuera, desde algún lugar, algunas ramas de este universo nocturno, animales invisibles lanzan unos gritos sorprendentes, extraños, que de vez en cuando quebrantan la espesura hundida en un pesado silencio. Poco a poco se va secando el llanto de los mecates apretados del chinchorro. Envuelto en mi cobija, descanso en el aire, escuchando, imaginando, pensando en este día que ya casi es del pasado, en el día de mañana, en los días futuros. Mirando a través de los espacios de la pared de troncos, percibo las pizcas de brasa todavía encendida de los fogones familiares cerca de los cuales sé de un mundo, conozco gente, un mundo *yu'pa*. No habrá luna esta noche sino muy tarde y estará llena, mañana; unos hombres saldrán a cazar. Puedo escribir.

Tuarío, pueblo, caceroño *yu'pa-macoi* ubicado en la Sierra de Perijá, a escasos kilómetros de Machiques, se adormece dentro de las nubes en formación. Conocemos bastante bien este pueblo y sus habitantes, pero a pesar de casi tres años de convivencia con ellos, entrecortados eso sí de algunas ausencias más o menos largas, nos falta para conocerlos muy bien, para entenderlos, para aprender de ellos. La investigación antropológica de una sociedad, una cultura —o de un punto preciso de ésta— es entre otras cosas un asunto de tiempo, que uno lo quiera o no; asunto de tiempo como son básicamente todos los grandes problemas

de nuestras sociedades. Tanto tiempo pasan los seres humanos para tejer las raíces de su cultura única, nunca acabada; se necesita muchísima paciencia para comprenderla, entenderla, entenderlos.

No es costumbre que los investigadores, cualquiera sea su carrera, describan los preámbulos de su labor, dejen algunos testimonios relativos a su propio medio ambiente. Por lo general, se cree que éstos son bien conocidos o se deja al lector imaginarlos, si tiene ganas o interés para hacerlo. Si es mi propósito aquí tratar ese objeto, no es porque no tenga otras cosas que escribir, sino que, como antropólogo, encuentro tanto estos preámbulos como este medio ambiente verdaderamente dignos de líneas que podrán servir de materia de reflexión para algunos de nosotros. Cabe apuntar que si eso es así, se debe a que la antropología nos pone en un lugar privilegiado ya que nos permite acercar y conocer nuestra cultura en profundidad a través de un prismo particular. Este prismo que nos aleja o nos hunde en nuestra sociedad hace que nuestro campo de reflexión se extienda o se estreche en el tiempo como en el espacio.

Desde luego estas líneas podrían ser algo como un informe informal, que tendría como enfoque el "relato" del recorrido específico de un investigador de cierta parte de la sociedad occidental que él ha de vivir y conocer según los criterios específicos que expusimos más arriba; deberían traernos ciertas enseñanzas o extrañas sorpresas. Allí se ubica el propósito de esta reflexión, en el reflejo que nos devuelve el espejo antropológico, espejo que pondremos cara a cara al antropólogo

(*) Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida.

logo y a sus alrededores más cercanos. Sé de antemano que no lograré circunscribir en estas pocas líneas toda la problemática que abarca mi propósito, éste se reducirá sencillamente al esbozo de la materia, a ciertas preguntas.

Hay antropólogos físicos y antropólogos sociales o culturales: mientras que los primeros trabajan sobre el aspecto biofísico del Hombre, los segundos se interesan en los fundamentos de las estructuras sociales. Los dos encuentran sus campos de investigación dentro o fuera de su propia sociedad. Evidentemente, esos campos no son siempre tan lejanos de nuestra civilización material y económica como suelen ser los universos indígenas mal llamados "primitivos"; a veces poco los separa, los aparta, aunque se trate de puras apariencias: así por ejemplo las comunidades campesinas, las de pescadores u otras como aquellas agrupaciones de carácter urbano, sub-urbano, místico-religioso o ideológico, todas nacidas, producto y parte de nuestra cultura. Los antropólogos somos mucho menos que los médicos, abogados, arquitectos, ingenieros, quienes salen de las universidades con conocimientos teóricos o teórico-prácticos; el destino de muchos de nosotros es reubicarse en esas universidades. Son muy escasos, por no decir nulos, los empleos de antropólogo fuera de las universidades, exceptuando museos o institutos de investigación provistos de departamentos idóneos. Esos lugares son metas para algunos. ¿Como investigadores o como curiosidad para los demás? ¿Quién lo dirá?

En general se nos puede dividir en dos grupos que llamaremos teóricos y los empíricos; evidentemente en uno y otro encontraríamos varios subgrupos. Quedándonos con estos dos polos por supuesto caricaturales, tendríamos entonces los primeros, siempre saliendo de un libro, de algunas páginas, reduciendo todo a lo ya escrito es decir, según parece, a lo seguro, lo reconocido; en cuanto a los segundos pocas veces están donde parecen estar, son extraños, con barba y melena, a menudo con un chiste de campo; para añadir a la pintura, caminan de manera singular. Todos han realizado investigaciones de campo, los primeros unos días, unas semanas, a lo mejor unos meses; prefieren trabajar sobre datos y análisis de

otros. Los segundos nunca han terminado, son unos proletarios de la ciencia, trabajan en base a datos recogidos por ellos mismos, claro teniendo también conocimiento del campo teórico. No siempre para graduarse hay que irse muy lejos, basta a veces con la puerta de al lado. Pero los primeros no tienen ganas de salir de sus hábitos, de su ámbito, bastante creen que no vale la pena, que ya todo se sabe, están convencidos; escogieron un puesto social, un sueldo, la paz. Llegan a pensar que los segundos son medio locos o algo así y hasta que los datos que recolectaron y los análisis que produjeron son puras elucubraciones, puros inventos. Ellos creen en los valores de la civilización occidental, las demás cosas son sobrantes.

Sabemos que en general no trabajamos, no escribimos directamente para un gran número de lectores; nuestros escritos alcanzan muy raras veces un público extra-universitario y dentro de la Universidad los lectores se reducen la mayoría del tiempo a los profesores y estudiantes de Ciencias Sociales quienes, por obligación profesional, por curiosidad y a veces por interés, "ven" nuestros trabajos. Algunas veces logramos alcanzar la Historia, la Psicología, raras veces el Derecho, pero más y más la Botánica y la Medicina. En cuanto al lector "ciudadano común" es más raro aún, a menos que nos lea a través de trabajos de divulgación. Cuando ahí nos encuentra nuestro lector es generalmente un autodidacta o un aficionado de las experiencias de carácter deportivo más que todo y perderá el soplo al leerlos.

Algo nos esconde, algo nos hace fantasmas, más aún algo esconde a la especificidad del indígena o de otro grupo humano. ¿Será el medio mismo? ¿Será la ignorancia, el miedo de ser descubierto? No es que me estoy quejando de esta situación; la conozco, habría más y más que decir respecto a ella.

La tarea nuestra en cierta forma se resume, después de haber realizado una investigación *in situ*, a clasificar, ordenar, analizar y comparar los datos acumulados; en fin, dar a conocer el fruto de este trabajo a través de informes, artículos, tesis u obras amplias, digamos libros. Esos escritos permiten conocer ciertos aspectos de nuestras sociedades

o sub-sociedades y también pueblos, culturas, formas de pensar —según se dice— más atrasadas en el tiempo; así participamos en el conocimiento de la naturaleza humana y en su historia. Es preciso decir aquí que se trata de su *historia no escrita*, ignorada o no reconocida oficialmente, es decir una historia para ella, marginalizada; de allí se llega lógicamente a la conclusión de que somos unos intelectuales también marginalizados, clasificación cada día más evidente en Venezuela. Podemos y debemos también participar en ciertos eventos tales como congresos, convenciones, seminarios a fin de exponer, compartir y reflexionar sobre nuestros logros. También podemos dar clases. Pero no son tampoco esas cuestiones el objeto de este discurso.

El antropólogo que está mirando, escuchando, aprendiendo en los rincones de distintas sociedades y hasta en los lugares más apartados de nuestro planeta aprende a ver su propia sociedad, la de sus hermanos llamados "civilizados" con ojos y mente muy particulares. Si tiene que desvestirse culturalmente y psicológicamente para alcanzar su meta, en el camino de regreso a lo suyo inevitablemente sus puntos de referencia van poco a poco cambiando mucho. Más se suma el tiempo, más se suman sus preguntas, sus dudas o sus certidumbres.

Al principio para trabajar, es decir para realizar investigaciones, tiene que elaborar un proyecto especificando los pormenores de su trabajo, su meta, y acompañarlo de un presupuesto lo más preciso posible. Este documento se entrega a una comisión, la cual juzga del interés de la investigación, de la conformidad del plan así como del presupuesto y otorga o rechaza el proyecto. Muchas veces en los últimos tiempos, cuando el presupuesto es por fin otorgado ha sido tan considerablemente reducido que el investigador se encuentra frente a una trampa o por lo menos a un caso de conciencia más. ¿Quién juzga del interés de la investigación? Hay que esperar que sean personas que conocen de su objeto. ¿Quién revisa el presupuesto? ¿En base a qué categorías? Para elaborar este proyecto con el plan de trabajo y el presupuesto, el antropólogo ha tenido que referirse a su propio interés y conocimiento en la materia, al interés específico ligado a su propia trayectoria y a la tra-

yectoria de la antropología en el país donde estudió, en su especialidad. El presupuesto ha sido establecido en base a información recogida de distintas fuentes y eso en fecha precisa. ¿Quién puede saber entonces el aumento que habrán sufrido los precios del material necesario en el momento mismo de hacer las compras? Además, este presupuesto está calculado en función de cierta duración de la investigación. Si se reduce, es evidente que algo tendrá que cambiar en esta investigación, más valdría prevenir esto; en ciertos casos esta situación lleva consecuencias graves para la meta y finalmente la investigación será prácticamente inútil. Felices los antropólogos a quienes se les otorga con confianza, fe e interés, créditos o becas sin nada más que la espera de un trabajo honesto y bien logrado en tiempo oportuno. En nuestro caso, el antropólogo tiene que desembolsar para los gastos de su trabajo, llevar las facturas debidamente identificadas y esperar que sean todas aprobadas para que se le devuelvan sus gastos. En estas condiciones se entiende que no hay trabajo posible, no se promueve la ampliación del conocimiento.

Pero ¡vamos! Cargado de su proyecto, el investigador, todo doctor o licenciado que sea, tiene ahora que pedir a las autoridades competentes una autorización para permanecer en territorio indígena (si es el caso), ya que las permanencias en éste son reglamentadas; tiene su proyecto aprobado como apoyo de su identidad y meta. Si la autorización le está otorgada tiene que pedir otros permisos a la gobernación del Estado donde se ubica el grupo estudiado, a la Guardia Nacional en caso de trabajar cerca de una frontera, permiso para llevar armas (puede ser útil), para recoger muestras botánicas o zoológicas, etc. Para la obtención de esos permisos tiene que demostrar un sin fin de datos, es decir pasear con una carpeta llena de bellas constancias o cartas obtenidas a raíz de mucho tiempo, ya que no siempre están disponibles las personas que se requieren y que, a veces, son futuros colaboradores de dicha investigación. El paseo empieza en una selva de papel y sonrisas más que todo, no es tan peligroso, menos por el tiempo que se pierde y que podría ser utilizado de manera más provechosa; eso sí, es muy fastidioso, pues puede durar hasta tres o cuatro meses. Todo lo tiene

que hacer el propio investigador, y en esto hay muchos gastos imprevistos y no incluidos en el presupuesto.

¡Sigamos! Ya listo con su carpeta (o mejor dicho lista la carpeta, gorda, segura, con su antropólogo), puede irse a trabajar. Entonces puede realizar compras, si es que tiene el dinero, escoger cuidadosamente el material, a veces hacerlo preparar. Allá en el campo no habrá remedio, estará lejos de todo. Tiene y tendrá que contar sólo en él y con él: material para anotar, escribir, grabar, hacer películas, vestirse, curarse y curar a los "indios", herramientas, material de precisión (brújula, cronómetros, altímetro, cinta métrica, peso...), comida, etc. Y ¡bueno, vamos, buena suerte! estamos listos. Hay que cargar en el bus, el avión, el jeep. Dormiremos viajando, soñando de no haber olvidado nada. Cuidado de no hacerse robar algo, hay muchos envidiosos. Desde entonces empieza otra odisea hasta el encuentro con otro mundo. ¿Qué será este señor con tantas cajas, y botas o gomas, y barba y qué más? La gente lo mira y se pregunta, preguntan.

Por lo común, la gente nos confunde con los arqueólogos; aunque supongo que eso proviene del aspecto material más llamativo de aquellos nuestros cómplices. De inmediato se nos sospecha también de buscar tesoro, oro, diamantes o cualquier otra fuente mineral de enriquecimiento. ¡Ah sí, antropófago! — No señor, antropólogo. — Y qué hace usted? — Bueno estudiamos la gente, sus quehaceres, su lengua... — ¿De qué gente? — Yo, nosotros, los indígenas. (Entonces se abren los ojos, las orejas, las caras). — ¿Los indígenas? ¿Hay algo que estudiar con ellos, allá? Son unos bárbaros, salvajes, paganos. Comen la gente, ¿usted no ha visto la película "Holocausto caníbal"? ¡Bien!, ¿no? — Y el viaje sigue en un mundo más y más extraño, inculto, fabuloso; parece que hemos regresado al tiempo de la Conquista, no estamos lejos. Para muchos, si hay algo que estudiar allá con ellos, eso no debe tomar mucho tiempo: "—¿A usted se le paga para eso? Eso no sirve para nada, ¡basta con un vistazo! ¿No tiene miedo? Y ¿las garrapatas, las pulgas, los bichos, el sucio?" Hay gente que tiene piojos dentro de la mente, esos nunca se pueden sacar, y del sucio ni hay que hablar... El indígena no habla, no tie-

ne lengua, tiene "dialecto", en cuanto a sus creencias, son "supersticiones". Al fin y al cabo, el antropólogo entiende que para la gente, los indígenas son unos animales de cara humana. ¿Mentira todo eso? De ninguna manera, es cosa de poco tiempo demostrar que la ignorancia es inmensa hacia ellos, nuestros vecinos. Debo decir aquí que en ciertos casos hay algo cierto en ese discurso del "civilizado" sobre el indígena: hay grupos autóctonos que, por causa del contacto con nuestra economía predominante, conocen o se extinguen en situaciones de una tremenda tristeza. Su aislamiento, su descomposición socio-cultural hacen de ellos excepcionales demostraciones de que la conquista no ha terminado y de la fuerza y del poder que tiene nuestra civilización para aniquilar hombres, sociedades, culturas, naturaleza, cualquier cosa. Por favor, no vayan a creer que las reflexiones peyorativas surgen únicamente al nivel popular.

Entonces, al viajar, el investigador está aislado y se aísla, se pierde, se aleja, escapa a una extraña realidad. Busca y se encuentra a fuerza de paciencia y voluntad los medios para llegar a su campo, su primera meta, el pueblo o la aldea escogida y a veces conocida ya de él. Allá va a permanecer cierto tiempo. Ha llegado casi a la luna por su propia obstinación, pero está aquí, al sencillo nivel de nuestro planeta.

Casa, chinchorro, fogón, linterna, mesa, cajas, sueños, deseos. El antropólogo es ahora objeto de curiosidad por parte de los autóctonos. Su tamaño, su piel blanca, su barba o bigotes, sus lentes, su pipa, su vestido y todo lo que tiene llama fuertemente la atención de todos. Todos imaginan de dónde puede venir. — ¿Qué tiene aquí? y ¿aquí?. Muchas, muchas cosas, es un hombre rico, riquísimo. ¿Será humano? ¿Tal como nosotros? Se le toca, se le habla. El antropólogo empieza a trabajar; tropieza con la pica, tropieza con la lengua, tropieza con un nuevo modo de vivir. Los mayores le prestan atención, lo reciben muy bien, los niños se ríen de él, a menos que le tengan miedo. Con tiempo, empezando a recolectar todas clases de impresiones, datos, hechos elementales, el investigador va poco a poco a moldearse en este mundo y hundirse en él, en el olor del humo, un mun-

do distinto, estupendo, no, otro mundo. Si es que se queda algunas semanas (unos días no valen la pena) o meses, o años, logrará recoger, recopilar elementos o datos de cierto interés o de suma importancia. Poco a poco logrará descifrar los rasgos y lazos culturales del quehacer cotidiano, las razones, así como el modo de pensar y de pensarse de este otro mundo. Más tiempo permanecerá, más rico será su material. Pero ¿cuánto tiempo necesitará? ¿Quién lo sabe? Los indígenas no son sus empleados, no siempre estarán dispuestos, ni tampoco las circunstancias se prestarán a todas clases de encuestas; a medida que su trabajo se va ampliando, podrá empezar a clasificar, ordenar y así dirigir los pasos de su minuciosa labor y prestar más atención a lo que se refiere directamente a su centro de interés. Paciencia, todo es paciencia y atención. La antropología es una labor de hormiga. Se tropieza aquí, un informador se equivocó o no quiso dar una respuesta exacta por razones culturales; unas informaciones hicieron surgir dudas sobre algunos puntos, la lluvia atrasó el plan de trabajo, nuestro hombre está un poco enfermo, hay contratiempos y a veces has demasiado que hacer; los días son cortos y las esperas largas. Día tras día es materia de acercamiento a la comunidad, a su conocimiento; pero hay que averiguar todas las informaciones una y varias veces. El antropólogo tiene que moldear su trabajo y sin embargo estar listo para cualquier eventualidad, dormir de un ojo. Dejemos de lado mosquitos, hormigas, comejenes, y otros insectos, fantasmas de peligros mayores, para sitios: todo esto es parte de su universo; todos son sus vecinos, inquilinos, huéspedes; la humedad, el calor, la soledad, la falta de algo "indéfinissable". A veces todo parece estar en su contra. Pero ¡qué satisfacción al andar! ¡Qué disgusto a veces también! Poco a poco los datos se van acumulando en sus cuadernos de campo, sus ficheros clasificatorios; puede o podrá regresar sobre puntos sospechosos, llamativos o silenciosos. Preguntas, dudas, un día podrá también regresar a su "tierra", entonces dará cuenta de su investigación y si lo quiere, a pesar de todas las dificultades que ya conoce, pedirá otros recursos para seguirla. Por eso tiene que poner en orden sus datos, para lograr reconstituir la reali-

dad. En eso el alejamiento del campo le permitirá despegarse de lo cotidiano y de los hechos estudiados que son como una sabia e intrincada mezcla de todos los componentes culturales. Estos hechos, fundamentos, instituciones, tendrá que describirlos aisladamente, analizarlos, compararlos, reintegrarlos a la vida donde conforman la identidad cultural. Con el tiempo logrará hacernos entendible tal o cual hecho así como la totalidad del discurso de esa sociedad. Frecuentemente se necesitan varios años para lograr un buen estudio.

Esos conocimientos permitirán entonces dos cosas: una, enriquecer el saber, la naturaleza del comportamiento humano; dos, acercar por esas vías dos grupos humanos, lo que no siempre tiene efectos benéficos para uno de los dos. Ahora el antropólogo ya no es el mismo hombre que el que salió de sus libros, sus puntos de referencia han cambiado. Pero es un hombre serio y sabe que las mismas referencias no son cuestionadas por él únicamente. Sus conocimientos podrían permitirle participar en otros discursos que el solo discurso antropológico, a veces lo hace, como lo hacen también más investigadores cada día en otras disciplinas.

El paseo del antropólogo sigue su vaivén, ha empezado y se prolonga: al fin se olvidó completamente de su carpeta que no le sirvió, puesto que en el campo de investigación no hay ningún representante de la autoridad para pedirle a uno sus documentos. Encontró, eso sí, otras personas que no tenían ningún documento: cazaban, cortaban, buscaban, explotaban. Sólo el antropólogo anda allí y allá igual que un fantasma por la situación en la cual lo pusieron, permanece como sus cómplices los arqueólogos en un cotidiano real, entre cosas de otros tiempos y sueños de mañana, recogiendo las esencias de culturas que han sido o que son todavía testimonios de la trayectoria en el tiempo y el espacio de una humanidad a la cual pertenecemos. Veremos si un día se le presta más atención, a él y sobre todo a su trabajo, su campo. Ya en algunos lugares han empezado. En este sentido, nuestra realidad aparece gracias a la identidad del vecino, éste no es ni más ni menos débil, sencillamente es "otro", otra respuesta, otro comportamiento del ser humano enfrentado al tiempo y

al espacio. "Todo lo que degrada la cultura recorta el camino que lleva a la servidumbre", escribía Albert Camus. Soñemos que un día sepamos lo que es cultura, entonces empezaremos a saber.

Volteando su mirada y su atención hacia nuestra sociedad, para contestar algunas de nuestras preguntas, el antropólogo redujo a nuestra comprensión, a nuestro modo de pensar estrechado, atrofiado, el pensamiento de esos grupos humanos lejanos o vecinos, pero desconocidos. Esperando entonces haber sido escuchado, entendido, el investigador pronto comprende que sus esfuerzos fueron vanos ya que, para responderle, su sociedad le reduce su medio de trabajo y que, como por encanto, ve a su alrededor desaparecer o disminuir el número de sus colegas y cómplices, tragados por un silencio cada vez más turbio, cada vez más significativo.

Tuario, Agosto de 1984.



Mujer yu'pa de Tuario. Julio 1984.

RESUMEN

La investigación antropológica en Venezuela hace surgir varias preguntas, sobre todo cuando se conoce la problemática indigenista pasada y actual. A través de su propia existencia de investigador de campo y de universitario, el autor nos propone algunos temas de reflexión. Evidentemente, dada la amplitud y la gravedad de éstos, el artículo no pretende ser otra cosa que un esbozo para recordar el contexto en el cual trabaja el antropólogo en este país.

ABSTRACT

The anthropological investigation in Venezuela brings out some questions, furthermore to whom knows the past and present indigenist problematics. Through his own experience of the University and as a field investigator, the author is suggesting us some themes of reflexion. Obviously, being the deepness of those, the article only pretends to present a sketch of the context in which the anthropologist is working in this country



La fiesta del maíz, Tuario, junio 84